

Más apreciaciones sobre la imagen de España en Rubén Darío

Further Comments on the Image of Spain in Rubén Darío

Günther SCHMIGALLE

Miembro Correspondiente de la Academia Nicaragüense de la Lengua
Nicaragua

Recibido: 29-01-03
Aceptado: 12-06-03

RESUMEN

Este trabajo destaca diversas líneas de interpretación sobre el tema de lo español en Rubén Darío, aunque trate sobre obras bastante difundidas. Tiene en cuenta consideraciones que enriquecen la lectura de la obra dariana que versa sobre España.

PALABRAS CLAVE

Darío
Literatura
España

ABSTRACT

This study aims to highlight different lines of interpretation on Spanish themes, although it deals with fairly well known works. It considers matters which enrich the reading of Darío's writings on Spain.

KEY WORDS

Darío
Literature
Spain

SUMARIO 1. Referencias bibliográficas.

En 1892 se realizaron en Madrid las celebraciones para conmemorar y festejar el cuarto centenario del descubrimiento de América. El gobierno nicaragüense mandó, para participar en ellas, una delegación formada por dos personajes: el ex-ministro Fulgencio Mayorga y el poeta Rubén Darío, que tenía en aquel momento veinticinco años. En un ambiente donde se celebraba a Colón como un héroe y un santo y la Iglesia católica preparaba su beatificación oficial, Darío, con mucho valor, leyó su poema «A Colón», que comienza con los hoy famosos versos:

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida,

y termina con los versos siguientes:

Duelos, espantos, guerra, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!¹

Si bien es cierto que el poema no es tanto una acusación dirigida contra Colón, sino más bien una protesta y una lamentación que se dirige a él con respecto a la situación actual del continente que descubrió, parece claro el concepto totalmente negativo que tiene su autor de las consecuencias del descubrimiento. La violencia fratricida, los egoísmos desenfrenados, las guerras civiles y dictaduras sangrientas, la decadencia religiosa, cultural y moral son, según el poema, las consecuencias del «encuentro» con España. En la estrofa 9 se llega hasta expresar el deseo de anular el descubrimiento y volver atrás al mundo prehispánico. Llama la atención, sin embargo, que en el mismo año 1892, Darío escribiera otro poema, en el cual presenta una imagen completamente distinta, convencionalmente positiva, de Colón, «el Mesías del indio», que llega a América en su papel de conquistador y de redentor, «a elevar el pendón de Castilla»².

El cambio de perspectivas que se observa entre los dos poemas es impresionante, y si mantenemos el concepto de que el significado de un poema es importante, nos tenemos que enfrentar a la pregunta de cuál ha sido el verdadero sentir de Darío frente a España, a la herencia española, a la «Hispanidad». En primer lugar, el hecho de que «A Colón», con su visión crítica del descubrimiento, sea un poema tan original y tan popular, mientras que «Mensajero sublime» sea hoy un poema olvidado, ya nos da el inicio de una respuesta. Pensamos, sin embargo, que la respuesta completa habría que buscarla en la prosa de Darío, donde el signifi-

¹ Rubén Darío. *Obras completas* (a continuación: *OC*), Tomo 5, págs. 963-965.

² «Mensajero sublime», *Ibid.*, págs. 1264-1265.

cado tiene que ser más importante que el significante, y donde se puede esperar que Darío plasmó lo que él «realmente pensaba al respecto». Nos referimos, en lo siguiente, a su libro de crónicas *España contemporánea* y a su relato de viaje *Tierras solares*.

España contemporánea, publicada en París en 1901, fue, después de *Los raros*, «la segunda de sus obras integrada por sus escritos periodísticos, pero la primera en ofrecer un amplio panorama de esta importante faceta de su escritura»³, y sigue siendo, curiosamente, «uno de sus libros más desconocidos»⁴. *La Nación* de Buenos Aires lo mandó a España como corresponsal para que informara a los lectores sobre la situación en España después del «desastre del 98». En este año, como se sabe, España había perdido los últimos territorios que le quedaban de su imperio: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. El libro de Darío reunió exactamente 40 crónicas, escritas entre el 8 de diciembre de 1898 y el 7 de abril de 1900.

El vapor en el que viajó Darío llegó a Barcelona al amanecer del 1.º de enero de 1899 y ancló frente a la estatua en la cual Colón, sobre su columna, extiende la diestra hacia el mar. Un diálogo que transcribe el viajero-cronista vincula los poemas que dedicara al almirante en su juventud con la realidad de España que se propone explorar:

- ¿Cómo te va, *noy*?
 - Bien, como que vengo de América. ¿Qué de nuevo?
 - ¿Qué de nuevo? Lo mismo de siempre: miseria. Ayer llegaron repatriados. Los soldados parecen muertos. Castelar se está muriendo.
 - ¡Mira qué hermosa la estatua de Colón, al amanecer!
 - ... en Deu! Más valiera que hubiesen sacado los ojos a ese tal.
- La palabra fue peor⁵.

Después de desembarcar en Barcelona, Darío llega a Madrid el primer día del año 1899. Vamos a citar una parte de la crónica donde recoge su primera impresión del ambiente de la capital española:

Acaba de suceder el más espantoso de los desastres; pocos días han pasado desde que en París se firmó el tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo⁶: pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia. Usada como una vieja 'perra chica' está la frase de Shakespeare sobre el olor de Dinamarca, si no, que sería el momento de gustarla. Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto. He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace

³ Rivas, «Introducción a Darío», *España contemporánea* (a continuación: *EC*), pág. 10.

⁴ Carmen Ruiz Barrionuevo. *Rubén Darío*, pág. 120.

⁵ «En Barcelona», *EC*, pág. 79.

⁶ El 10 de diciembre de 1898 se firmó en París el tratado de paz entre los representantes de España y Estados Unidos. Para España, el acuerdo significó la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Guam, y la mayor parte de las Filipinas (Rivas, «Introducción», *EC*, págs. 10-11).

mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; Menéndez Pelayo [...]. No está por cierto España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se dicesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aisladas, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio al daño general, a las heridas en carne de la nación⁷.

Se nota, en primer lugar, que Darío está hablando, aparentemente, desde el punto de vista del imperio hispánico: de allí que la pérdida de las colonias se le presenta como «el más espantoso de los desastres». Y pasa a formular su tesis sobre la decadencia española, basándose en tres series de elementos:

- 1.º Unas impresiones atmosféricas, expresadas en metáforas de olfato: «el olor de Dinamarca», «exhalación de organismo descompuesto».
- 2.º La muerte o enfermedad de algunos intelectuales o políticos destacados que Darío había conocido durante su primera visita, en 1892.
- 3.º La falta de una reacción adecuada de los políticos actuales frente al «desastre».

Este último punto permite acercar la posición de Darío a la de los regeneracionistas —Joaquín Costa y otros—, con su rechazo completo de los partidos políticos tradicionales. La indiferencia frente a la guerra y al «desastre», sin embargo, no se podía observar únicamente entre los políticos, sino también entre el pueblo. Darío escribe en una crónica posterior:

La guerra fue obra del Gobierno. El pueblo no quería la guerra, pues no consideraba las colonias sino como tierras de engorde para los protegidos del presupuesto. La pérdida de ellas no tuvo honda repercusión en el sentimiento nacional⁸.

Fue Miguel de Unamuno quien, en un artículo de *La España moderna* publicado en noviembre de 1898, había hecho unas observaciones similares:

Y el pueblo está aquí en lo firme; su aparente indiferencia arranca de su cristiana salud. Acúsale de falta de pulso los que no saben llegarle al alma [...]. Mira con soberana indiferencia la pérdida de las colonias nacionales, cuya posesión no influía en lo más mínimo en la felicidad o desgracia de la vida de sus hijos, ni en las esperanzas de que éstos se sustentan y confortan⁹.

⁷ «Madrid», *EC*, pág. 90.

⁸ «Una exposición», *EC*, pág. 195.

⁹ Cit. en Figueroa/Santa Cecilia. *La España del Desastre*, pág. 326.

Se sabe que el «desastre» del 98 se convirtió, para toda una generación de pensadores y escritores, en punto de partida para una reflexión sobre el carácter de España y sus relaciones con Europa y el resto del mundo. La «leyenda negra» fue uno de los grandes temas de la autorreflexión de la generación del 98. En las crónicas de Darío también, este concepto, y su contrario, la «leyenda áurea», juegan un papel importante. La leyenda negra, «una España codiciosa, sangrienta, avara, inquisitorial, terriblemente peligrosa al progreso humano»¹⁰, fue rechazada por algunos autores contemporáneos de Darío, afirmando que «tendría por origen la envidia de otras naciones»¹¹. Darío insiste, sin embargo, en que la leyenda tiene suficientes bases históricas, refiriéndose a «la conquista española, la Inquisición, la decadencia que se iniciaba en el siglo XVII y las figuras de Carlos I y de Felipe II»¹². «No habría manera de paliar las atrocidades de la conquista», dice Darío, y, en otro contexto similar, hablando de la belleza y crueldad de las corridas de toros, afirma: «Pero si no hay duda de que colectivamente el español es la más clara muestra de regresión a la fiera primitiva, no hay tampoco duda de que en cada hombre hay algo de español en ese sentido»¹³. Por otra parte, Darío no niega la verdad que hay en la «leyenda áurea», «es decir, una España heroica, noble, generosa, potente, cuna del valor y la hidalguía»¹⁴. Para él, la fe en este aspecto de la hispanidad es necesaria, si se quiere llegar a un posible renacimiento de España:

Para la reconstrucción de la España grande que ha de venir, aquella misma áurea leyenda contribuirá con su reflejo alentador, con su brillo imperecedero. España será idealista o no será. Una España práctica, con olvido absoluto del papel que hasta hoy ha representado en el mundo, es una España que no se concibe. Bueno es una Bilbao cuajada de chimeneas y una Cataluña sembrada de fábricas. Trabajo por todas partes; progreso cuanto se quiera y se pueda; pero quede campo libre en donde Rocinante encuentre pasto y el Caballero crea divisar ejércitos de gigantes¹⁵.

Y, respondiendo al grito de Unamuno que había publicado en 1898 su artículo «¡Muera don Quijote!», Darío afirma: «Don Quijote no puede ni debe morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo»¹⁶. Estas citas son notables porque indican la posición específica y muy personal que toma Darío en el ámbito del pensamiento regeneracionista. Se refleja en ella toda la ambivalencia del poeta frente al proceso de modernización. Darío defiende la particularidad de España porque la ve como un

¹⁰ «La Pardo Bazán en París. Un artículo de Unamuno», *EC*, pág. 179.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ «¡Toros!», *EC*, pág. 173.

¹⁴ «La Pardo Bazán en París. Un artículo de Unamuno», *EC*, pág. 179.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 180.

¹⁶ «Cyrano en casa de Lope», *EC*, págs. 122-123. Cf. también Rivas, «Introducción», pág. 35; y Arellano, «Prólogo», *RD*, *Don Quijote no debe ni puede morir*, págs. 7-8.

santuario de valores pre-modernos o anti-modernos, los únicos, según él, que permiten el florecimiento de la poesía.

En la mayor parte de las crónicas de *España contemporánea*, sin embargo, Darío habla desde el punto de vista del progreso. La miseria del pueblo que evoca es chocante, y la repetición de ciertos cuadros produce, según anota Claire Pailler, el efecto de una pesadilla:

Mientras uno materialmente no puede dar un paseo por las calles sin que le impidan el paso los mendigos, mientras la prostitución, comprendida la de la infancia, y causada por el hambre en este buen pueblo, se instala en nuestros ojos a cada instante; mientras los atracos, o robos en plena calle hacen protestar a la prensa todos los días, se han gastado en los tres de carnaval trescientas mil pesetas en confetti y serpentinas¹⁷.

Refiriéndose a la vida cultural e intelectual, Darío critica el mal funcionamiento de las librerías y editoriales, lamenta el bajo nivel de la poesía y de la novela, y anota sobre el tema fundamental de la enseñanza:

La ignorancia española es inmensa. El número de analfabetos es colosal, comparado con cualquier estadística. En ninguna parte de Europa está más descuidada la enseñanza. La vocación pedagógica no existe. Los maestros, o mejor dicho, los que profesan la primera enseñanza, son desgraciados que suelen carecer de medios intelectuales o materiales para seguir otra carrera mejor¹⁸.

Su capítulo sobre la Real Academia Española es una sátira menos directa, pero no menos eficiente, con retratos, en parte sarcásticos, de los treinta y seis miembros, entre ellos: «Pidal y Mon escribe correctamente»¹⁹, o «Colmeiro es un sabio. Nada más que un sabio»²⁰, o «El señor Balart, académico electo, es el poeta meloso y falso que ya conocéis, y crítico de una limitación asombrosa, que beneficia no obstante en España de la más injusta de las autoridades»²¹. Otros aspectos atacados por Darío son la ignorancia absoluta respecto a los asuntos de América y la falta de comprensión para el movimiento literario moderno:

¹⁷ «Carnaval», *EC*, pág. 135.

¹⁸ «La enseñanza», *EC*, pág. 306. Estas críticas «están en la misma línea [...] de las expuestas por Francisco Giner de los Ríos, Santiago Alba y Miguel de Unamuno» (Rivas, «Introducción», *EC*, págs. 28-29).

¹⁹ «Los inmortales», *EC*, pág. 268. Alejandro Pidal y Mon (1846-1913), político y orador español. «Católico sincero y convencidísimo, su religión era en él producto, en cuanto puede serlo, de su filosofía [...] Pidal y Mon compuso bastantes poesías allá por los veinte años, en su juventud florida [...] Poeta en prosa lo fué siempre», dice de él la *Enciclopedia Universal Espasa* (t. 44, págs. 612-614).

²⁰ *EC*, pág. 269. Miguel Colmeiro (1816-1901) fue catedrático de botánica del Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

²¹ *EC*, pág. 271. El criterio de la *Enciclopedia Universal* es diferente: según ella, Federico Balart (1831-1905) «cultivó la crítica y la poesía á la vez, sobresaliendo en ambos géneros, sin la aureola de la popularidad callejera pero con el aprecio y estima de los verdaderos cultos y amantes del arte. Fué periodista incansable, y su labor de crítica, siempre edificante é imparcial, no ha sido apreciada como se merecía» (t. 7, pág. 315).

He conocido parisiense de París, literato y orientalista, para quien no tenía secretos el más modesto personaje del *Ramayana*, pero que de San Martín y de Bolívar no sabía sino que el uno era un santo y el otro un sombrero. La ignorancia española a este respecto es más o menos como la de un parisiense. Nuestros nombres más ilustres son completamente extraños. [...] Diario importante ha habido que al publicar una noticia de la reciente guerra boliviana la ha encabezado con toda tranquilidad: *La guerra de Chile*. En la conversación, podéis oír que se confunden el Brasil, el Uruguay, o el Paraguay con Buenos Aires. Y en literatura, todo lo nuestro es irremediabilmente tropical o cubano²².

Situación que aún en la edad del Internet y del correo electrónico no ha mejorado mucho, si se puede confiar en una encuesta publicada por el diario *El País* hace poco, donde se afirma entre otras cosas: «La mitad de los españoles (50% exactamente) es incapaz de recordar un solo escritor latinoamericano²³.»

En cuanto al movimiento literario moderno, Darío «niega la existencia por estas fechas de un movimiento renovador en España»²⁴:

En lo intelectual, he dicho ya que las figuras que antes se imponían están decaídas, o a punto de desaparecer; y en la generación que se levanta, fuera de un soplo que se siente venir de fuera y que entra por la ventana que se han atrevido a abrir en el castillo feudal unos pocos valerosos, no hay sino la literatura de mesa de café, la mordida al compañero, el anhelo de la peseta del teatro por horas, o de la colaboración en tales o cuales hojas que pagan regularmente; una producción enclenque y falsa, desconocimiento del progreso mental del mundo, iconoclasticismo infundado o ingenuidad increíble, subsistente fe en viejos y deshechos fetiches. Gracias a que escritores señaladísimos hacen lo que pueden para transfundir una sangre nueva, exponiéndose al fracaso, gracias a eso puede tenerse alguna esperanza en un próximo cambio favorable²⁵.

«Con la conciencia de pertenecer no sólo a otro país sino también a otro continente, Darío juzga la cultura española desde una posición vehemente y a veces adversa», concluye Rivas²⁶; es un crítico español el que admite: «*España contemporánea* es una pintura muy vivaz y, por

²² «La novela americana en España», *EC*, págs. 348-349. La ignorancia francesa con respecto a América Latina es el tema de varias crónicas darianas: «Más de una vez se ha hecho notar el inmenso desconocimiento, la enorme ignorancia que existe en Europa y principalmente en este 'dulce' país francés, respecto á las naciones hispanoamericanas. Los errores que se cometen cuando se trata de esas repúblicas, sobrepasan toda suposición» (RD, «La América Latina en Europa. Á propósito de la cuestión chilenoargentina», *La Nación*, 3 de febrero de 1902).

²³ *El País*, 8 de noviembre de 1997.

²⁴ Rivas, «Introducción», *EC*, pág. 30.

²⁵ «Madrid», *EC*, pág. 93. «Tengamos en cuenta que los miembros de la futura y controvertida 'generación del 98' estaban apenas en formación», agrega Noel Rivas («Introducción», *EC*, pág. 30).

²⁶ Rivas, «Introducción», *EC*, pág. 41.

desdicha, poco equivocada»²⁷, y otro español el que escribe: «Me parecen justos los más de los juicios que Rubén Darío expresa de España»²⁸.

El segundo gran libro de Darío sobre asuntos españoles es *Tierras solares*. Este libro tiene un carácter más personal. De noviembre de 1903 a febrero de 1904, Darío, que residía en París, emprendió un viaje a España, principalmente por un motivo de salud: quería curarse de una bronquitis alcohólica y huir del invierno francés. Noel Rivas ha reconstruido la cronología de este viaje. Darío salió de París el 30 de noviembre. De Barcelona se desvió a Madrid para visitar a Juan Ramón Jiménez. El 9 de diciembre llegó a Málaga, donde su compañera Francisca Sánchez vino a reunirse con él. En febrero realizó un recorrido por distintas ciudades andaluzas, visitando Granada el 9 de este mes, después Sevilla, Córdoba el 13, llegando a Gibraltar el 15. Tomó el vapor para Tánger y pasó algunos días en esta ciudad, antes de embarcarse otra vez para Gibraltar y volver a Málaga el 29 de febrero. El 10 de marzo está nuevamente en París²⁹. Desde todas las ciudades que visitó, envió su crónica a *La Nación* de Buenos Aires³⁰. Algunas de ellas retoman, hasta en los detalles del estilo y de las imágenes, la temática de la decadencia y de la regeneración de España, como la siguiente, escrita en Barcelona:

Desde hace algún tiempo se ha notado un estremecimiento de vida en la Península. Cierta que las políticas y los politiquistas continúan con sus ruidos inútiles y sus discursos verbosos; cierto que ni los del carlismo renuncian a su vago soñar, ni los de la república pierden momento para proclamar que ellos son los dueños del porvenir y de la grandeza nacional, entre escándalos y rivalidades poco provechosas al verdadero ideal perseguido; cierto que el clericalismo inquisitorial, por un lado, y el militarismo montjuichesco, por otro, no han cambiado un ápice desde los tiempos en que cayó, rojamente, el pobre y grande conservador D. Antonio Cánovas; cierto que nadie sucede al pobre y grande liberal Emilio Castelar; [...] cierto que el hambre del pueblo no mengua; cierto que la pereza general y la inquina porque sí, del uno contra el otro, se sigue manifestando; cierto que sigue oliendo a podrido en Dinamarca. Pero, fijaos bien: una fragancia de juventud en flor llega hasta nosotros. Voces individuales, pero poderosas y firmes, dicen palabras de bien y de verdad que el país comienza a escuchar. Hay un rumor. ¿Es una resurrección? No; es un despertamiento³¹.

²⁷ Garciasol, «Rubén Darío, enviado especial», pág. 563. Ramón de Garciasol es el seudónimo del poeta y crítico literario Miguel Alonso (1913-1994).

²⁸ Luis Bonafoux, cit. en Tünnermann, «Rubén Darío: maestro de la crónica». Es cierto que Bonafoux era cosmopolita más bien que español, ya que nació en Francia, se educó en Puerto Rico, estudió en Madrid y murió en Londres.

²⁹ Rivas, «Introducción», *RD, Tierras solares* (a continuación: *TS*), págs. 11-15.

³⁰ La primera parte del libro, que se llama a su vez «Tierras solares», consiste en diez capítulos, ocho de ellos dedicados a España (incluyendo Gibraltar y Tánger), y dos a ciudades italianas (Venecia y Florencia). La segunda parte, «De tierras solares a tierras de bruma», refleja, en nueve capítulos, un viaje a Bélgica, Alemania, Austria y Hungría, realizado en mayo de 1904.

³¹ «Barcelona», *TS*, págs. 46-47.

Pero en su totalidad, los textos de *Tierras solares* son más subjetivos, menos políticos, y más nostálgicos que aquellos de *España contemporánea*. El viaje se convierte, como dice Rivas, «en una expedición en busca de la felicidad que se encierra en el descubrimiento de la verdad y el conocimiento»³². Por eso, algunas de las páginas que Darío escribe en las ciudades de Andalucía expresan sus preocupaciones y obsesiones más profundas. Tratan de la precaria relación entre la tradición y la modernidad, y de la amenaza que el anhelado progreso significa para el futuro de la poesía. En Málaga, el poeta y cronista anota:

Ésta es la dulce Málaga, llamada la Bella, de donde son las famosas pasas, las famosas mujeres y el vino preferido para la consagración. [...] Mas el color local se va perdiendo a medida que avanza la universal civilización destructora de poesía y hacedora de negocios³³.

Observa que en la orilla del mar está surgiendo una Málaga nueva, cosmopolita o, más bien, inglesa. La culpa la tiene un señor Richard Ford, quien, con su *Hand-book for travellers in Spain*, ha provocado una verdadera invasión británica. El resumen de Darío es:

Los extranjeros que llegamos en la hora actual a España sufrimos ciertamente desengaños. Hemos llegado tarde; les lauriers sont coupés. El progreso es el enemigo de lo pintoresco, y su nivelación no va dejando carácter local ni originalidad en ninguna parte. [...] El progreso aquí en Málaga, por ejemplo, ha traído los altos hornos y se ha llevado los encantos de antaño³⁴.

Entre los «encantos de antaño», la miseria del presente y el progreso nivelador,

las crónicas de Rubén Darío constituyen sin lugar a dudas la superación de la imagen romántica de Andalucía [...] la dialéctica entre el glorioso pasado oriental, el mísero presente decadente y la promesa de un futuro renovador estructuran el dinamismo de la escritura de las crónicas de *Tierras solares*³⁵.

Refiriéndose al tercero de estos tópicos —«la promesa de un futuro renovador»—, Claire Paillet pregunta:

³² Rivas, «Introducción», *TS*, pág. 22.

³³ «Málaga», *TS*, pág. 51.

³⁴ «Málaga», *TS*, pág. 64. *Les lauriers sont coupés* es el título de una novela de Édouard Dujardin, publicada en 1888 y recordada hoy porque James Joyce afirmó que aprendió en ella su famosa técnica del «flujo de la conciencia». Según explica Rivas, «es el título también de un poema de Banville y de una vieja canción francesa: 'Nous n'irons plus au bois/les lauriers sont coupés!'» (*TS*, pág. 64, nota 65).

³⁵ Rivas, «Introducción», *TS*, pág. 28.

³⁶ Paillet, «L'envoyé spécial de *La Nación* de Buenos Aires. Rubén Darío à Madrid, 1898», pág. 234.

En este nuevo fin de siglo en el que vemos a España, después de tantas guerras y tantos conflictos fratricidas, retomar por fin su lugar entre las naciones de Europa, ¿podemos llamarlo un tan mal profeta?³⁶

Para terminar, nos despedimos de la prosa española de Darío y volvemos brevemente a la poesía que fue nuestro punto de partida inicial. El 27 de marzo de 1905, Darío, que tenía treinta y ocho años, leyó en la Unión Iberoamericana de Madrid un poema que se hizo tan famoso como «A Colón» y que seguramente, para su autor, era la respuesta a la problemática planteada trece años antes en «A Colón». Me refiero a la «Salutación del optimista», poema que causó una gran conmoción por motivos de su forma (fue escrito en hexámetros, metro que según la opinión de los expertos era incompatible con el ritmo natural del idioma castellano) como también de su fondo: se trataba por Darío de conjurar la gloria pasada y futura de la raza hispánica:

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos,
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
[...]
Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
¡ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!³⁷

Mientras que «A Colón» fue una protesta, una acusación, un juicio sobre la herencia española y sus consecuencias fatales para la realidad actual de Hispanoamérica, la «Salutación» glorifica la Hispanidad y evoca el glorioso futuro que espera a los pueblos hispanohablantes, si logran escoger el camino de la unidad. En realidad, las dos visiones poéticas se complementan, como también se complementan los dos libros en prosa que hemos visto: *España contemporánea* donde prevalece la crítica del atraso y del aislamiento de España, y *Tierras solares* donde predomina la nostalgia de la España antigua, tradicional, pintoresca, poética, amenazada cada vez más por el ineluctable avance de la modernización. El cambio entre estas perspectivas contradictorias y complementarias contribuye, de manera decisiva, a la riqueza y variedad de los aspectos que encontramos en la poesía como en la prosa española de Darío, y da a sus textos una actualidad que todavía se aprecia hoy, cien años después de su primera redacción. En estos cien años, España ha vivido desastres aterradores, pero también progresos asombrosos, y a pesar de todo, conserva todavía algo de la «España eterna», algo que no se deja subordinar a los imperativos omnipresentes del trabajo, del dinero, del consumo y de las comodidades.

³⁷ OC, Tomo 5, págs. 865-868.

1. Referencias bibliográficas

Ediciones de Darío

- 1950-1953 *Obras completas. I. Crítica y ensayo. II. Semblanzas. III. Viajes y crónicas. IV. Cuentos y novelas. V. Poesías.* Madrid, Afrodisio Aguado.
- 1998 *España contemporánea.* Edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.
- 2001 *Tierras solares.* Edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo. Managua, Fondo Editorial CIRA, (Colección «Biblioteca Dariana»).
- 2002 *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas).* Prólogo de Jorge Eduardo Arellano. Anotaciones de Günther Schmigalle. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.

Otros textos y estudios

FIGUERO, Javier y Carlos G. SANTA CECILIA

- 1997 *La España del Desastre.* Barcelona, Plaza & Janés.

GARCÍASOL, Ramón de

- 1979 «Rubén Darío, enviado especial», *Cuadernos hispanoamericanos*, n.º 348, junio, págs. 562-588.

PAILLER, Claire

- 1998 «L'envoyé spécial de *La Nación* de Buenos Aires. Rubén Darío à Madrid, 1898», *C. M. H. L. B. Caravelle*, 70, págs. 221-234.

RUIZ BARRIONUEVO, Carmen

- 2002 *Rubén Darío.* Madrid, Síntesis, (Historia de la Literatura Universal, 40).

TORRES-POU, Joan

- 1999 «Un escritor centroamericano ante el 98: Rubén Darío cronista del fin-de-siglo», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXXVI, págs. 261-266.

TÜNNERMANN BERNHEIM, Carlos

- 2001 «Rubén Darío: maestro de la crónica», *Nuevo Amanecer Cultural*, 10 de febrero, pág. 4.